

rradores le respondieron; porque sus dos vecinas, arrodilladas junto á ella, Luisa y Flora, oprimidas por el mismo lejano recuerdo, gemían también entre torrentes de lágrimas.

Y como el llanto es contagioso, el *ama*, á su vez, sintió sus párpados humedecidos, y mirando á su cuñada, vió que todas las del banco lloraban también.

El cura consagraba; los niños, poseídos por una especie de terror devoto, estaban arrodillados en los escalones del presbiterio, y en toda la iglesia, de trecho en trecho, alguna mujer, madre ó hermana, poseída por la extraña simpatía de las emociones fuertes, impresionada por el llanto de las mozas, humedecía su pañuelo de percal á cuadros azules, oprimiendo á la vez con su mano izquierda el corazón palpitante.

V

Como la llama que prende una mies, las lágrimas de Rosa y de sus compañeras inundaron de lágrimas los ojos de la muchedumbre; hombres, mujeres, viejos y jóvenes, todos lloraban, y sobre sus cabezas parecía cernirse un espíritu sobrehumano, un alma, el soplo prodigioso de un ser invisible.

Entonces, en el coro de la Iglesia, resonó un ruidillo seco: la monja, golpeando en su libro daba la señal de la comunión; y las niñas, temblando, se aproximaban á la santa mesa.

Toda una fila se arrodilló. El anciano sacerdote, sosteniendo en la mano izquierda el copón de plata dorada, pasaba, ofreciendo



LA CASA DE PLACER

ciendo entre dos dedos la hostia, el cuerpo de Cristo, la redención del mundo.

Los niños abrían la boca desmesuradamente, con gestos nerviosos, con los ojos cerrados y el semblante pálido.

Repentinamente llenó la iglesia un rumor de muchedumbre delirante, una tempestad de sollozos y de gritos ahogados. Fué como un vendaval que encorva los árboles; y el cura quedó inmóvil, de pie, con una hostia en la mano, paralizado por la emoción, diciéndose: «Es Dios. Es Dios que viene á nosotros, que se manifiesta, que descende sobre su pueblo arrodillado.» Y balbuceaba oraciones del alma en santo éxtasis.

Cuando acabó de dar la comunión, las piernas apenas le sostenían, y después de apurar el cáliz, se abismó en una acción de gracias ferviente.

Poco á poco el pueblo se calmó. Los del  
coro

GUY DE MAUPASSANT

coro volvieron á sus cantos con la voz algo insegura, humedecida por sus lágrimas; y hasta el serpentón parecía enronquecido, como si también hubiese llorado.

El cura, levantando las manos, les hizo la señal de que se callaran, y pasando entre las dos filas de comulgantes, acercóse á la reja del coro

Todos los asistentes se habían sentado; unos removían las sillas y otros se sonaban ruidosamente; luego callaron, y el cura empezó su plática en tono muy bajo. — «Amados hermanos míos, hermanas, hijas: os doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón: acabáis de proporcionarme el gozo mayor de mi vida. He sentido á Dios que descendía sobre vosotros cuando yo le llamaba. Sí, estuvo presente, llenando vuestras almas y haciendo desbordar vuestros ojos. Soy el cura más viejo de la diócesis, y hoy, sin duda, soy

30535  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO HEYER"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



soy también el más feliz. Un milagro se acaba de realizar entre nosotros, un verdadero, un grande, un sublime milagro. Mientras Jesús penetraba por primera vez en el cuerpo de estas criaturas, el Espíritu Santo, la Paloma Celestial, el aliento de Dios ha caído sobre vosotros, apoderándose de vosotros, meciendo vuestras almas como la brisa mece los rosales.»

Luego, con voz más reposada, dirigiéndose á los dos bancos donde estaban las huéspedes del carpintero, prosiguió:— «Gracias tengo que daros á vosotras, hermanas mías, que habéis venido de tan lejos, y cuya presencia, cuya fe visible, cuya piedad innegable, han sido para todos un ejemplo. Sois la edificación de mis feligreses, vuestras emociones han exaltado sus almas; es posible que sin vosotras no tuviera este gran día el carácter semidivino que tuvo. A veces basta una sola oveja

ja escogida para decidir al Señor á visitar todo el rebaño.»

La voz le faltaba y terminó: «Es la gracia que á todos vosotros deseo. Así sea.» Y volvió al altar para proseguir los oficios.

La gente iba teniendo ganas de acabar; los niños se impacientaban y algunas mujeres se fueron sin aguardar al último evangelio, para disponer en sus casas los preparativos de la comida.

Fué una baraúnda la salida; voces chillonas, palabras vivas; cuando aparecieron los niños, cada cual agarró el suyo precipitadamente.

Constanza se encontró envuelta, besuqueada por las mozas. Rosa, sobre todo, no la soltaba y al fin la cogió una mano; la señora Tellier la tomó la otra; Rafaela y Fernanda la levantaron el largo vestido de muselina para que no lo arrastrase por



por el polvo; Luisa y Flora cerraban la marcha con la señora Rivet.

El festín estaba servido en el taller del carpintero, sobre largos tablones apoyados en banquetas. La puerta de la calle abierta, dejaba entrar toda la alegría del pueblo. Veíanse por las ventanas los blancos manteles y oíanse los gritos y las bromas de los campesinos que, en mangas de camisa, bebían abundante sidra. En pocas mesas faltaba una niña ó un niño con el traje de primera comunión.

De vez en cuando, abrasándose con el calor del medio día, un carro atravesaba el pueblo al trote de un viejo caballo, y el carretero miraba con envidia tanta muestra de alegre francachela.

En casa del carpintero se guardaba cierta compostura: un resto de la emoción de la mañana. Sólo Rivet estaba dispuesto á todo y bebía mucho.

La

La señora Tellier miraba el reloj á cada momento, porque para no faltar dos días seguidos, era necesario que regresaran en el tren de las tres y cincuenta y cinco, en el cual llegarían á Fécamp al anoecer.

El carpintero hacía mil esfuerzos para distraerla y prolongar la estancia de sus huéspedes hasta el día siguiente; pero el *ama* no se dejaba seducir, no bromeando jamás cuando se trataba de su negocio.

Apenas habían tomado el café, ordenó á sus pupilas que se dispusieran, y dijo á su hermano:—«Ve á enganchar»—, mientras ella misma hizo sus últimos preparativos.

Su cuñada la aguardó para hablarle de la niña, y sostuvieron una larga conversación, sin dejar acordado nada. La cuñada fingió enter necerse, y la señora Tellier, que tenía á la niña sentada sobre las rodillas, no se comprometió, insinuando vagamente



gamente que ya se ocuparía de Constanza; tiempo habría y ocasiones de verse.

El carro no salía y las mozas no bajaban. Oyéronse grandes risas, golpes, gritos y aplausos. Entonces, mientras la mujer del carpintero iba á la cuadra para ver si el carro estaba dispuesto, el *ama* subió al piso.

Rivet muy axaltado y medio desnudo, trataba inútilmente de violentar á Rosa, muerta de risa. Las dos Bombas le cogían por los brazos, procurando calmarle, sorprendidas por aquella escena, después de la ceremonia de la mañana; pero Rafaela y Fernanda le excitaban, muy divertidas, lanzando gritos agudos á cada esfuerzo inútil del borracho. El hombre, furioso, descompuesto, con la cara enrojecida, sacudiendo en sus violentos esfuerzos á las dos mujeres que le sujetaban, agarrado á las faldas de Rosa, murmuraba:—«Cochina,

na, ¿por qué no quieres?»—; pero el *ama*, indignada al verlo, cogió á su hermano por un hombro y empujó con tal fuerza, que le hizo ir tambaleándose hasta la pared.

Luego, en la cuadra, le oyeron echarse agua sobre la cabeza, y cuando apareció con el carro estaba ya del todo sereno.

Se pusieron en marcha, como la víspera, y el caballo blanco trotaba como una especie de bailoteo acompasado y vivo.

Bajo el sol ardiente, la alegría renació. Las mozas reían mientras el carro avanzaba entre una nube de polvo. Rosa comenzó un cantar desvergonzado; pero el *ama* la hizo callar, pareciéndole poco á propósito en semejante día. Y añadió:—«Cántanos algo decente, que se pueda oír»—Entonces Rosa, después de pensarlo para escoger, entonó una de sus canciones dulces y sentimentales.

Todas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. 100 100

"ALFONSO 100 100"

1.º No. 1625 MONTERREY, MEXICO



Todas en masa repitieron el estribillo, y Rivet llevaba el compás dando con el pie en la vara del carro y golpeando con la tralla las guarniciones del caballo, el cual, animándose con la música y los golpes, lanzóse al galope, haciendo saltar las sillas y tirando á las mujeres unas contra otras. Dieron todas en el fondo del carro, y levantarónse riendo estrepitosamente, pero sin dejar su canto; gritaban como locas y sus gritos resonaban alegres bajo el cielo ardoroso, entre las mieses maduras, arrastrados por la briosa marcha del caballo, que acentuaba el estribillo con su galope.

Cuando llegaban á la estación, el carpintero dijo tristemente:—«Lástima que os vayáis tan pronto; nos hubiéramos divertido mucho.»

Su hermana le respondió con su acostumbrada sensatez:—«Cada cosa en su tiempo;

tiempo; una fiesta no puede durar siempre.»—Una idea iluminó el espíritu entonces melancólico de Rivet:—«¡Calla!; iré á veros el mes que viene.»—Y miró á Rosa de reojo. El *ama* replicó:—Es necesario ser prudente. Irás cuando quieras; pero te ruego que no hagas tonterías.»

El tren se acercaba y el carpintero comenzó á despedirse de sus huéspedes, dando un beso á cada una. Cuando llegó el turno á Rosa, en lugar de besar en la mejilla, buscó ansiosamente los labios; ella los apretó, bajando la cabeza y sin dejar de reír; él insistía y ella, moviéndose á uno y otro lado, evitaba; el carpintero la oprimía, sin conseguir su propósito, haciendo esfuerzos inútiles.

La campana sonó.—«¡Señores viajeros al tren!»—Las mozas y el *ama* subieron al coche.

A un silbido agudo y débil respondió el silbido



silbido poderoso y vibrante de la máquina, que arrojó su primer chorro de vapor, mientras las ruedas comenzaban á girar con esfuerzo visible.

Rivet, salió de la estación corriendo para llegar al paso de nivel y ver una vez más á Rosa; cuando el vagón cargado con aquella mercancía de carne humana pasó, el carpintero, saltando y sacudiendo su tralla, repetía el estribillo de la canción de Rosa, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

Y vió alejarse y perderse al fin con la distancia, un pañuelo blanco, agitado afectuosamente.

## VI

En el tren durmieron hasta la llegada, con el sueño feliz de las conciencias tranquilas;

quilas; y cuando entraron en su casa, después de la tregua y el descanso, cenaron deprisa para volver al combate, á sus costumbres, á sus clientes de todos los días. Encendióse al anoecer el farolillo, indicando á los transeuntes que había vuelto el rebaño á su redil, y en un abrir y cerrar de ojos, corrió la noticia, no se sabe cómo ni de qué manera. El hijo del banquero, Felipe, llevó su oficiosidad al extremo de avisar por un recado al señor Tournebau, aprisionado entre su familia.

El salador tenía precisamente los domingos muchos parientes convidados á comer, y estaban tomando café cuando se presentó el mandadero con la carta; el señor Tournebau, muy emocionado rompió, el sobre y palideció: el papel no contenía más que dos renglones, trazados con lápiz: «*Cargamento de bacalaos hallado; na-*  
*rio*»